

# Cumplir años

**Diego S. Garrocho** // Profesor de Filosofía.  
Universidad Autónoma de Madrid

Las instituciones no cumplen años como los cumplimos las personas. Cuando nosotros celebramos un aniversario, de algún modo nos hacemos conscientes de que nuestro tiempo se agota. Los amigos siempre son benévolo y nos felicitan con fórmulas misericordes, como esa en la que se nos insiste que somos un año más sabios. Pero todos sabemos que celebrar los nuevos doce meses simplemente es un hito en algo que se parece demasiado a una carrera de obstáculos. Un cumpleaños es un hasta aquí, por lo pronto, hemos llegado. Y está bien que así sea. Todos los días nos llevan hacia el siguiente salvo el último, como dijera Montaigne. Porque el último ya saben hacia que otro destino nos aboca. Cada aniversario es la prueba de un ya va quedando menos. Nos duela o no, y no debería dolernos, los años en las personas tienen algo de cuenta atrás.

En las instituciones casi podríamos señalar que es al contrario. Las hojas, en este caso, no caen del calendario sino que se van sumando hasta alcanzar una dimensión firme y robusta. Sumar años es tanto como afianzar una trayectoria. Un aniversario institucional es una exhibición de fuerza, la prueba irrefutable de que, con más aciertos que errores, se ha conseguido llegar hasta hoy. La solera de las antiguas universidades o, incluso, las entidades bancarias de origen medieval parecen exhibir el paso del tiempo como un capital adquirido. Sobrevivir a los años, en este escenario, no aproxima a las instituciones a ninguna muerte sino que, antes al contrario, parece garantizar, cada vez más, la seguridad con la que se emprenderán los pasos futuros. La experiencia no se consume, sino que se atesora.

Decía Platón que todo lo bello es difícil, y la solemnidad que imprimen los años es, acaso, una de las dificultades, y por tanto de las bellezas, más difíciles de adquirir. Hay que saber envejecer con dignidad pero en el caso de las corporaciones, los institutos o las empresas, la tarea diaria nos exige intentar mantenerlas jóvenes. Incluso para mantener la identidad que hizo posible la pervivencia de una institución se requiere una intervención diaria. Chesterton lo explicaba con el símil de un poste blanco: lo más conservador no es quedarse con las manos quietas, sino pintarlo y repintarlo para que siga luciendo como el

primer día. Quienes han tenido la suerte de dirigir cualquier proyecto humano saben lo complejo que es intervenir sin que se note demasiado. Como los buenos cirujanos plásticos.

El Instituto de Actuarios Españoles celebra en este número un aniversario singular, de un gusto casi pitagórico. 80 años no es solo una cifra redonda. Es una demostración completa y compleja de los muchos aciertos de todas aquellas personas que han sabido nutrir con sabiduría, virtud y esfuerzo un proyecto determinante para la vida civil de nuestro país. Cada uno de estos años es una prueba a favor de esa excelencia y un argumento en contra del valor de la casualidad. Pero una trayectoria de éxito es, además de un motivo para la alegría, un canon o un criterio de exigencia con el que poder medir las decisiones y la vocación futura. De algún modo, la prioridad de quienes custodian la vida de este Instituto no tiene que ver con los 80 años que fueron sino con las nuevas décadas que vendrán. Pero este número es un número de fiesta y, antes de exigirnos, merecerá la pena confirmar y agradecer el buen trabajo de quienes estuvieron antes que nosotros. Uno de los mejores patrimonios de este Instituto consiste en haberse sabido labrar un buen pasado desde el que mirar al futuro. ●



Foto: iStock.com/HT Gamzo